

Francisco de Borja: gobierno del mundo, gobierno del alma

Carlos María Sancho

fe—teología—
iglesia

El pasado 28 de octubre de 2009 se iniciaron en Gandía las celebraciones del Vº Centenario del Nacimiento de San Francisco de Borja. Con ocasión de este centenario aparecerán a lo largo del año multitud de escritos de carácter histórico, social, político y religioso sobre el personaje. La intención de este artículo es la de hacer una aproximación a su personalidad como jesuita: a los 26 años de su vida que van desde 1546 a 1572. Si la primera parte de su vida está totalmente volcada al servicio del Emperador, la segunda lo estará al servicio de Dios.

No obstante, para acercarnos al Francisco de Borja jesuita, creo necesario hacer una breve cala en sus primeros 36 años, que configuran su imagen política. Todos le conocemos primero como Marqués de Llombai y Caballerizo Mayor de la Emperatriz, como Virrey de Cataluña después, y por fin como IVº Duque de Gandía. Se trata de un Grande de España, amigo del emperador, persona de gobierno a su servicio. Borja fue, ante todo, un noble con larga práctica de gobierno y negocios de estado, cuyo status social le confiere notoriedad en el escenario político de aquel momento.

Su padre, el Duque Juan de Borja, era un hombre culto y ambicioso, que tuvo 20 hijos en sus dos ma-

trimonios y, como buen padre, trató de colocar a sus hijos lo mejor posible, sirviéndose para ello de sus inmejorables relaciones nobiliarias y políticas. El primogénito de todos ellos es Francisco, a quien envía, a los 12 años, en 1522, a Tordesillas, en cuyo palacio-cárcel vive Juana la Loca, para que

*la muerte de la Emperatriz
debió sacudir el fondo del
alma, como un inesperado
fogonazo, abriendo sus ojos
a la caducidad de los
honor mundanos; pero
Borja, que tenía entonces
29 años, estaba casado,
tenía siete hijos pequeños
y se debía a su familia*

sirviera de compañía, junto con otros jóvenes nobles, a la infanta Catalina, que acompaña a su madre Juana. Es su ingreso en el mundo cortesano.

En 1528, a sus 18 años, Francisco pasa a prestar sus servicios en la corte de Carlos V. Al año siguiente de llegar, con 19 años, por mandato del Emperador Carlos, se casa con Leonor de Castro, que tiene 20 años, y es dama de la Empera-

triz Isabel. Carlos V le nombra marqués de Llombai y Caballerizo Mayor de la Emperatriz, a la que tiene que acompañar en todos sus viajes. De esta manera, Francisco entra en contacto con todos los personajes importantes de la corte y va respirando lo que es el gobierno del mundo. Estará once años en la corte aprendiendo, entrenándose, estableciendo relaciones, preparando su futuro.

Gobierno del mundo

El año 1539 es decisivo para Francisco de Borja. Se acumulan dos acontecimientos que marcarán su futuro.

El 1 de mayo muere en Toledo la Emperatriz Isabel a la que había acompañado durante once años, y a la que sigue acompañando en su cortejo fúnebre, hasta que la deja en el Panteón Real de la Catedral de Granada, no atreviéndose a jurar que aquel cuerpo era el cuerpo de la emperatriz, tan desfigurada estaba su belleza, sino sólo a testificar que él había acompañado desde Toledo aquellos restos mortales.

Algunos biógrafos, ansiosos de retrotraer al pasado la decisión de hacerse jesuita, que Francisco de Borja tomó en 1546 –siete años más tarde–, nos hablan de aquella

frase que dicen que dijo ante el cadáver de la Emperatriz: «*nunca más servir a señor que se me pueda morir*». Debió de ser muy fuerte la conmoción interior de Borja en aquel trance, cuya fecha recordará posteriormente varias veces en su diario. La muerte de la Emperatriz debió sacudir el fondo del alma, como un inesperado fagonazo, abriendo sus ojos a la caducidad de los honores mundanos. Pero Borja, que tenía entonces 29 años, estaba casado, tenía siete hijos pequeños, el mayor de 9 años y el pequeño recién nacido y se debía a su familia.

Pocos días después, el 26 de junio, Carlos V nombra a Francisco de Borja, a sus 29 años, Lugarteniente General en el Principado de Cataluña y en los condados de Rosellón y Cerdaña. El Emperador le encomienda una importante misión de gobierno, y Francisco de Borja se pone de nuevo al servicio de un señor que se le puede morir. Sus principales atribuciones como Virrey consistían en juzgar, recaudar impuestos y mantener el orden público. Por ello, durante cuatro años Borja se empeñará en la lucha contra el bandolerismo, procurará cortar los abusos de las inmunidades eclesiásticas, administrará la justicia, fortificará Barcelona ante turcos y piratas, controlará las fronteras, fabricará municiones, almace-

nará víveres, construirá galeras y se implicará en la política matrimonial de los nobles catalanes. Son sus años de diplomático y gobernante de un mundo que es el mundo del Emperador. Y durante este tiempo aprende a decidir, aprende a conciliar aspiraciones opuestas, y aprende sobre todo a entender la cruda realidad de la política y del *gobierno del mundo*.

El 8 de enero de 1543 muere en Gandía Juan de Borja, su padre. Francisco seguirá en Barcelona unos meses retrasando su viaje a Gandía. Se presiente un inminente ataque francés de Francisco I. Borja está ansioso de reprimir cualquier agresión, pero en estos críticos momentos Carlos V ordena a Borja que abandone Barcelona y envía allí al Duque de Alba para que tome el mando de las operaciones militares.

En estas circunstancias, Borja abandona Barcelona con un gran disgusto y descomunal enfado, no sin escribirle antes una carta a Carlos V en la que le decía: «*Yo me parto (de Barcelona) siguiendo la orden de V.M., pues entiendo por su real carta no ser servido de mis servicios en el tiempo en que ellos podrían ser más valiosos, que es cuando hay necesidad y llegan los enemigos*».

Borja terminaba su estapa de Virrey con la sensación de haber fra-

casado, porque el Emperador ya no contaba con él. Y concluía su carta diciendo: «*aunque yo no haya merecido ser más agradable a Vuestra Majestad de lo que ahora veo... seguiré mi camino*». Su brillante etapa como virrey concluía con la pérdida del favor del Emperador. El éxito concluye, para Borja, en fracaso. Borja llega a Gandía en abril, con su esposa y sus ocho hijos.

En realidad Carlos V había previsto un lugar más alto e interesante para Borja: nombrarle Mayordomo de la infanta María Manuela de Portugal que se iba a casar con el príncipe Felipe. Leonor sería la camarera mayor de la infanta. Otra vez quería Borja servir al señor, que se le podía morir, tener cargos importantes, estar en las altas esferas de la corte y del gobierno. El nombramiento se hizo, pero ni Francisco, ni Leonor, llegaron nunca a ocupar el cargo porque Leonor no era persona grata a Catalina, la reina de Portugal, madre de María Manuela. Borja experimenta de nuevo que el servicio a los grandes señores andaba mezclado con celos, dificultades y tensiones entre los poderosos. Sus esperanzas cortesanas fracasan. Tercer toque de atención para su alma.

De modo que Francisco se quedó en Gandía, a sus 33 años, gobernando sus estados y educando a sus hijos. Seguirá en relación y

contacto directo con Carlos V y los grandes que gobernaban el mundo. El gobierno de su pequeño mundo de Gandía se muestra en la fortificación de la ciudad, catequización y educación de los moriscos, generosidad con los pobres y necesitados, fomento del cultivo de la caña de azúcar y la seda, restauración del hospital de San Marcos, etc.

Esta historia política de Borja, al mismo tiempo que nos pone de relieve sus dotes de gobierno, nos ha permitido acercarnos a sus reacciones, a la progresiva e íntima percepción en su alma de que el éxito cortesano y político está entretenerado de crisis, desilusiones y fracasos.

Gobierno del alma

No podemos acercarnos con profundidad a la progresiva transformación íntima de Borja si no retrocedemos a su tiempo de Virrey en Barcelona. Allí es donde Borja entra en contacto con dos jesuitas de los comienzos de la Compañía: Pedro Fabro y Antonio de Araoz. Era el año 1542. El 1 de marzo Fabro le escribía a Ignacio: «*Llegamos aquí a Barcelona este sábado por la noche y fuimos a aposentarnos por mano del señor Virrey, marqués de Llombai, que está muy aficionado a*

Francisco de Borja: gobierno del mundo...

todos nosotros, así como la señora marquesa su mujer, y por esto estáis obligados a tener a sus señorías muy cercanamente en vuestras oraciones».

Tan «aficionado» está Borja a los jesuitas que en la primera carta que conservamos de Borja a Ignacio, 18 de julio de 1542, le escribe: «Os ruego por el amor de Dios que no os llevéis de aquí al dicho licenciado Araoz, pues aquello que ha sido plantado (por él) no podrá crecer, dejarlo aquí lo tendré por gran gracia y consolación puesto que es servicio de Dios y bien de este pueblo de Barcelona hacerlo».

Tres años después, en noviembre de 1545, llega a Gandía un pequeño grupo de jesuitas para iniciar el colegio que Borja le ha pedido a Ignacio para la educación de los moriscos. Se inicia una cercanía y trato frecuente entre los jesuitas y Borja. Los jesuitas ven en Borja al duque que les favorece para sus ministerios apostólicos. Borja ve en los jesuitas unas personas con un nuevo estilo espiritual, humano y apostólico, unos jesuitas que intentan hallar a Dios en todas las cosas. Y Borja se va aficionando a ellos. Entre esos jesuitas está Andrés de Oviedo.

A la cercanía con la comunidad del Colegio de Gandía se añade la correspondencia que Borja reanuda con Ignacio entre 1545 y 1550. Durante estos seis años se cruzan

20 cartas de Borja a Ignacio y 26 de Ignacio a Borja. Esta intensa relación epistolar va configurando entre ambos una relación de maestro-discípulo. Borja le expone su situación y le pide a Ignacio consejo. Ignacio le va diciendo que *gobierne primero su alma* para mejor poder *gobernar su mundo*. Estas cartas nos descubren la interioridad de Francisco, que lleva una

*Ignacio sabe muy bien que
Borja no es un joven
inexperto ni es un hombre
cualquiera, Ignacio sabe
muy bien que no se ha
decidido a la ligera, sino
que es una decisión total
que engloba toda su
existencia; se inicia en la
vida de Borja una etapa en
la que tendrá que ir
progresando en el «gobierno
de su alma»*

profunda vida espiritual, nos hablan de sus profundos deseos, de la transformación que va sintiendo poco a poco, de cómo va progresando en el gobierno de su alma.

Borja escribe a Ignacio: «*Que el Señor nos deje entender qué cosa es lla-*

mar a uno sin tener ninguna necesidad de él... Si esto se tuviese en lo que vale, los reyes dejarían sus oficios por ser siervos de los siervos de Dios»¹; e Ignacio le responde diciéndole que no ponga impedimentos a la acción de Dios en él, que lo importante es el amor, la humildad, la comunión frecuente y el hacer el bien a los prójimos².

Más adelante, Borja escribe a Ignacio: «Que el Señor me dé conocimiento de mí, que se me dé una gracia que me la quiere dar y la comienza ya a dar... Que se cumpla lo que el Señor quiere de mí»³; e Ignacio le contesta alegrándose de que Borja tenga esa «sed de aguas vivas»⁴. Borja le vuelve a escribir: «Voy gustando más cómo el Señor me lleva arras-trando».

El 27 de marzo de 1546 muere su esposa Leonor, a la que quiso y amó. Su muerte rompió unos lazos que le liberarían. Borja no ha cumplido todavía los 36 años. Su hijo mayor, Carlos, tiene 16. La vida de Borja da un quiebro definitivo. Atrás quedan éxitos, ascensos, logros, reconocimientos, y también rupturas y decepciones. Es el momento crucial en el que se plantea elegir su vida futura: es el

momento del encuentro con el Señor, que le hace una llamada personal. Es el momento en el que decide «ordenar su vida».

En el mes de mayo hace los Ejercicios bajo la dirección del P. Andrés de Oviedo, y al acabarlos hace voto de entrar en la Compañía, el 2 de junio de 1546. Dice así: «En el nombre de nuestro Señor Jesu Cristo, yo Francisco de Borja, duque de Gandía, hice voto de castidad y de obediencia al superior de la Compañía de Jesús, queriéndome recibir para cualquier oficio de portero o cocinero, etc., acabados que tenga de expedir los negocios que por conciencia soy obligado: y este voto de ser de la Compañía, si me recibieren, hice a dos de junio, vigilia de la Ascensión. El Duque de Gandía».

El 22 de septiembre de 1546, el P. Andrés de Oviedo le escribe a Ignacio sobre la decisión de Borja: «El duque hizo los ejercicios, y llegando a las elecciones, después de haber precedido suficiente examen con gran claridad, así por vía de razones naturales como por sentimientos espirituales, se determinó para la Compañía... Y venida la vigilia de la Ascensión... hizo en mis manos voto de la Compañía... esta determinación del Duque para la Compañía está en secreto».

Ignacio sabe muy bien que Borja no es un joven inexperto –tiene

¹ 28 de mayo de 1545.

² Finales de 1545.

³ 16 de enero de 1546.

⁴ 23 de abril de 1546.

ya 36 años— ni es un hombre cualquiera; Ignacio sabe muy bien que no se ha decidido a la ligera, sino que es una decisión total que engloba toda su existencia, por eso le escribe, el 9 de octubre de 1546: *«Ilustrísimo Señor: Me ha consolado la divina bondad con la determinación que ha puesto en el alma de vuestra Señoría... Yo acepto y recibo desde ahora a vuestra Señoría por nuestro hermano... Deseo queden en perfección todas vuestras cosas cuando se haya de publicar la mudanza de vuestra persona... Y esto con mucho secreto por ahora (porque el mundo no tiene orejas para oír tal estampido)»*.

Se inicia en la vida de Borja una etapa en la que tendrá que ir progresando en el **gobierno de su alma**. La fuerte relación epistolar entre Ignacio y Francisco, en este período, pone de relieve cómo Ignacio va conduciendo y gobernando el alma de Francisco.

La familia Borja en Gandía estaba impregnada por la espiritualidad franciscana, orientada a la vida contemplativa y a la soledad. En el monasterio de Clarisas ingresó su abuela, María Enríquez, y muchas tías de Francisco. A sus deseos de largas oraciones, de irse al yermo, de muchas mortificaciones, Ignacio va encaminando y modelando el alma de Borja por sendas más seguras y eficaces pa-

ra el modo de proceder de la Compañía.

Ignacio le escribirá, el 20 de septiembre de 1548, que en lugar de largas oraciones la mitad del tiempo la dedique a estudiar teología, al gobierno de su estado y a conversaciones espirituales; que no deje enflaquecer su cuerpo, que coma de todo, porque debemos querer y amar al cuerpo, para disponerlo al servicio de Dios y de los demás; que no se lastime con penitencias corporales, quitando todo lo que pudiera parecer una gota de sangre, pues es mucho mejor buscar los santísimos dones del Señor, que son aumento de fe, esperanza y caridad, gozo, consolación, humildad y reverencia. Que lo decisivo es encontrar a Dios en todas las cosas.

En este período de noviciado epistolar y a distancia, Ignacio le dará las claves para el **gobierno del alma**. Durante todo este largo tiempo de cinco años en el que Borja siguió siendo duque (desde junio de 1546 hasta mayo de 1551), fue un jesuita secreto que se iba dejando gobernar por Ignacio. Borja no debe tener prisa. Primero tiene que dejar en orden todos sus asuntos familiares, casar a sus hijos y preparar a su hijo Carlos para que le suceda en el ducado. Es un noviciado a distancia con Ignacio como maestro.

¿Por qué Borja eligió ingresar en la Compañía de Jesús? No obstante será bueno recordar lo que dijo el propio Borja a Carlos V en Yuste, en 1556. El Emperador le preguntó por qué no había entrado en una orden antigua. Borja le res-

*en agosto de 1550, a los
40 años, después de haber
obtenido el título de doctor
en teología en su
universidad de Gandía,
Borja sale de allí bajo el
pretexto de ganar el jubileo
en Roma, donde se
encuentra con Ignacio y está
algo más de tres meses con él*

pondió que entró en la Compañía porque en otras órdenes le hubieran dado muestras de estima y consideración por haber dejado el mundo, mientras que en la Compañía todos eran iguales. Años más tarde, en 1565, le escribía al duque de Alcalá que se hizo jesuita porque siendo una orden nueva tendría mayor facilidad para servir y cumplir la voluntad de Dios, pues no se hizo jesuita para recibir honores, porque «si buscara honores no escogiera esta religión tan perseguida y abatida».

Durante este período se forjará la espiritualidad de Borja como «*miserable pecador*» (durante dos años, entre 1550 y 1552, firmará sus cartas: «Francisco, pecador»). Se siente inundado de «*confusión*». La experiencia de «*confusión*» es clave en su espiritualidad. Para Borja es un sentimiento que nace de su propio conocimiento y de su experiencia de Dios. Borja se «*confunde*» porque no sabe qué responder a Dios al reconocer su propia indignidad y el exceso de benevolencia con que se ve favorecido por su Señor –que no puede morir–, de quien todo lo ha recibido. La «*confusión*» brota del amor de Dios, que Borja se ve incapaz de corresponder. El efecto de la *confusión* es la humildad, contra el deseo de gloria del mundo. Borja se percata de que éxito mundano y nobleza es nada. Pero esa «*confusión*» no le encierra en sí mismo, sino que le presta alas para entregarse totalmente al servicio del Señor, para corresponder, aunque sea mínimamente, a su amor benévolo e inmerecido. En 1545 escribe al P. Araoz: «*Bien sé que no son grandes sino los que se conocen por pequeños, ni son ricos los que tienen, sino los que no desean tener, ni son honrados sino los que trabajan para que Dios sea honrado y glorificado*»⁵.

⁵ 15 de septiembre de 1545.

Francisco de Borja: gobierno del mundo...

En agosto de 1550, a los 40 años, después de haber obtenido el título de doctor en teología en su universidad de Gandía, Borja sale de Gandía bajo el pretexto de ganar el jubileo en Roma. En Roma se encuentra con Ignacio y está algo más de tres meses con él, viviendo en la casa de Santa María de la Strada. Por fin se conocían personalmente, no a través de cartas. Los encuentros y conversaciones cotidianas entre Ignacio y Francisco robustecieron su orientación espiritual e hizo que surgiera entre ellos una relación excepcional.

Desde Roma le escribió a Carlos V pidiéndole su «licencia» para entrar en la Compañía de Jesús: «... suplico a Vuestra Majestad, como su vasallo y criado, y comendador de la orden de Santiago, sea servido de darme su imperial, graciosa y agradable licencia, para que, en estos pocos días que me quedan de vida, pueda en alguna manera acordarme del tiempo perdido, y reconocer la miseria y peligro del presente, y proveer para la incertidumbre del venidero; y ofrezco que, si nuestro Señor me da gracia para enmendar en algo mi vida, será para muy continuamente en los sacrificios y oraciones rogar a su divina bondad acreciente en Vuestra Majestad la salud espiritual, para que, así como le ha dado victoria contra los infieles y herejes, la dé también para las guerras y pasiones del hombre viejo, si algu-

nas quedan por mortificar y vencer (en V.M.), y abrase y encienda en su alma el amor y memoria de la pasión de Cristo. El Duque de Gandía».

Francisco salió de Roma el 4 de febrero de 1551. Ya no volvería a Gandía. Irá a Oñate donde renuncia, el 11 de mayo de 1551 a sus títulos a favor de su hijo Carlos. Trece días después es ordenado presbítero en Oñate. De ser duque y jesuita secreto pasa a ser el P. Francisco y jesuita público y manifiesto. Su vida ha dado un vuelco total. El duque cortesano y político ha encontrado una perla preciosa y lo ha dado todo para conseguirla.

Gobierno del mundo

Su etapa de actividad apostólica en las provincias vascongadas durará unos cuatro años. El 13 de noviembre de 1555 Ignacio confiere a Francisco la responsabilidad y autoridad sobre ese grupo incipiente y un poco caótico de jesuitas, que Borja intenta ordenar y gobernar.

De nuevo se inicia en la vida de Borja otra etapa de *gobierno del mundo*, pero bien distinta de la anterior. Ahora se trata de un gobierno espiritual y apostólico, al servicio del único Señor que no se le puede morir. Dada su experiencia de gobierno, la admiración que despierta su nuevo estado religio-

so, el haber renunciado a honores y títulos, su prestigio político y social, Francisco aportó una necesaria estabilidad a la incipiente Compañía en España, impulsando los objetivos que Ignacio tenía para la Compañía. Si Francisco había servido antes incondicionalmente al Emperador, ahora serviría al

*se inicia para Borja un
largo período de
tribulaciones que no
olvidará; ante la
todopoderosa Inquisición
entiende que lo mejor es
desaparecer de Castilla
y es llamado a Évora
por el cardenal Infante
D. Enrique de Portugal*

«solo Señor», sirviendo a la Compañía bajo el liderazgo de Ignacio. Y las personas espirituales ven en él a una persona que ha dado un vuelco a su vida.

Son unos años en los que el P. Francisco se dedica al gobierno, lo cual implicaba constantes viajes por España y Portugal. Ignacio, que confiaba en él, aprovecha sus buenas relaciones con Carlos V

para la fundación de colegios, la organización de los noviciados, el envío de jesuitas a las misiones de las Indias y el gobierno de las comunidades.

Hay un momento crucial que quiebra este *gobierno del mundo* jesuítico de Borja. Otra vez la ruptura. La Inquisición, preocupada por la difusión que están alcanzando en España las ideas luteranas, publica en Valladolid, por orden del Inquisidor Valdés. un Catálogo de libros prohibidos en 1559. Entre esos libros está las *Obras del cristiano compuestas por D. Francisco de Borja, Duque de Gandía*. En realidad sólo parte del libro era de Borja, unos tratados espirituales que había publicado anteriormente Juan de Mey, en Valencia, en 1548, y reeditado, junto con textos de otros autores, por un librero de Alcalá en 1550.

El P. Francisco de Borja ha sido «notado» y con él, la incipiente Compañía se siente señalada por el dedo inquisitorial. Se inicia para Borja un largo período de tribulaciones que no olvidará. Ante la todopoderosa Inquisición entiende que lo mejor es desaparecer de Castilla y es llamado a Évora por el cardenal Infante D. Enrique de Portugal. Mientras tanto en Madrid hay muchos que abogan por Borja, incluso ante Felipe II, quien

responde siempre: «yo sólo sé que es autor de libros prohibidos».

Por mucho que le instan que vuelva a Castilla, Borja teme volver, y conocedor de ello el P. General, Diego Lainez, consigue del Papa Pío IV un breve que reclama a Borja para servirse de él en Roma en asuntos de la Iglesia. Borja, desde Oporto, escribirá a Felipe II en 1561 una carta de autodefensa, que comienza así: «Nunca yo pudiera imaginar que hubiese de venir tiempo ni ocasión en que tuviese necesidad de escribir descargos míos a vuestra Majestad, y mucho menos en la materia presente, que es tan indigna de tratarse: mas si el callar se ha de atribuir a rendimiento, no quiera Dios que yo calle [...] No pienso traer a la memoria de vuestra Majestad para justificarme mis antiguos servicios, ni la vida gastada con tanta voluntad en el palacio imperial de la gloriosa memoria de sus padres, ... ni la memoria de mis leales servicios, ni se olvidará vuestra Majestad de las muchas horas que en su tierna edad le traje en estos brazos, y se adormeció en ellos».

Borja insiste ante Felipe II en que no queriendo lastimar la fama de nadie, por las acusaciones que contra él se han levantado, tiene derecho a defenderse, pero no lo usará y que confía que será Dios

quien le defienda. Y termina así: «Entre tanto con licencia y la buena gracia de vuestra Majestad yo me parto para Roma, donde... la Santidad de Pío IV me manda ir, diciéndome que en aquella santa ciudad se quiere servir de mi ignorancia y bajeza. Allí y dondequiera que yo me hallare seré muy cierto y leal vasallo, siervo y capellán de vuestra Majestad; y continuamente suplicaré al Padre de las misericordias que en este mundo prospere a vuestra Majestad y a sus reinos»⁶.

Si en España quedó herida la fama de Borja, al haber perdido el favor del rey, con su traslado a Italia tiene que comenzar de nuevo. Llega a Roma en octubre de 1561 y tres años después, en 1564, con ocasión de la muerte de Lainez, es elegido Vicario General, primero, y después, el 2 de julio de 1565, General de la Compañía. Lo consignará en su diario como «el día de mi cruz». Tenía 54 años.

El de su generalato es un período de gran expansión; durante sus siete años de General ingresan en la Compañía unos 1.000 jesuitas. Si en 1556, a la muerte de Ignacio, los jesuitas eran casi 1.000; en 1572, a la muerte de Borja –dieciséis años después–, eran casi 4.000. Para el gobierno de una Compañía en constante crecimiento numérico y apostólico, Borja impulsó y desarrolló una mayor regulación de

⁶ 6 de febrero de 1561.

la vida comunitaria y apostólica por medio de reglas, ordenamientos y normas. Todo ello conllevaba el peligro de un incremento del rigorismo interno, y por tanto una merma de la espontaneidad y la inspiración, subordinadas a un reglamento ascético. Esta tendencia de Borja fue ya objeto de crítica por algunos jesuitas de su época.

Junto a esa inclinación al rigor y a las reglas que posibilitasen el ascetismo en la vida espiritual y apostólica, Borja muestra en sus cartas la inclinación contraria a la cercanía y calor humano, incluso a la ternura. Aparece así cuando en sus cartas, como veremos, prescinde del estilo epistolar burocrático y abre su alma a sus amigos y compañeros. Estas cartas nos dan una nueva luz sobre su estilo y modo de proceder. Hay, pues, una tensión o polaridad de aunar las oposiciones: distancia y cercanía.

Dicho esto, se pueden señalar tres aspectos del gobierno del alma y del mundo que Francisco realiza como General de la Compañía, tomando como referencia las cartas de este período.

Un estilo de gobierno cercano

Preocupado por sus hermanos, quiere que se les trate con un estilo cercano y paternal. Por ello in-

siste a los Provinciales y Superiores que deben gobernar usando caridad y blandura de padre, pues más se hace con amor que con rigores. Quiere tener noticia de lo que pasa en lugares muy apartados, a unos les corrige fraternalmente, a otros les consuela y les muestra afecto, como al P. Bustamante cuando le dice: *«persuádase que yo le amo en el Señor... y no tengo olvidados los muchos pasos que juntos hemos dado en esta vida»*⁷.

Al P. Gonzalo González, provincial de Toledo, le aconseja: *«[Tengo] el deseo entrañable... de que en su gobierno use más la caridad y blandura de padre... ya que el rigor y aspereza engendra espíritu servil, del cual Cristo nuestro Señor nos ha liberado...»*⁸; y al P. Miguel Torres, visitador de Portugal, le recomienda: *«la suavidad quiebra más y ablanda incluso las piedras de duras condiciones, que no la aspereza, en una Compañía a donde nuestro Señor nos ha llamado en espíritu de amor, y no en espíritu de temor servil. Y diciendo esto a V.R. hago cuenta que lo digo a mi misma alma, pues le amo en ella sinceramente»*⁹.

Se preocupa por los ancianos y enfermos y así le escribe al P. Juan de Cañas, Provincial de Andalu-

⁷ 4 de agosto de 1570.

⁸ 20 de diciembre de 1566.

⁹ 9 de enero de 1567.

cía: «*De los que en esa provincia hay enfermos y mueren de los nuestros... tengo mucha pena, y ahora de nuevo soy avisado de diversas cosas que hay necesidad de remediar... Hasta una estera me dicen que no se da para los pies en invierno a uno que echa sangre... Todo esto y otras cosas semejantes deben considerarse y remediarse... Se tenga cuenta con los enfermos y enfermizos; que no hacen poco en sustentarse fuera de la cama...*»¹⁰.

Unos criterios apostólicos claros

En un momento de expansión de la Compañía, insistirá en los criterios que deben regir los trabajos apostólicos: repartir bien a los compañeros según su condición; que no se quiebren con trabajos excesivos; que ayuden al prójimo con el ejemplo de vida; doctrina y oficios de caridad; deben buscar el bien universal y particular; lo principal es confesar, enseñar la doctrina, predicar, conversar, pacificar a los discordes, pues nuestra vocación es ayudar a las gentes que tienen mayor necesidad. A veces tendrá que rechazar muchas peticiones, a fin de consolidar las obras ya iniciadas, como le escribe a San Juan de Ávila¹¹.

¹⁰ Roma, 4 de septiembre de 1670

¹¹ 16 de abril de 1567.

Al P. Cristóbal Rodríguez, destinado con otros jesuitas al servicio de las galeras reales, le escribe: «*Lo principal que han de procurar (en las galeras), es la ayuda a los prójimos, que es confesar, enseñar la doctrina cristiana, predicar ...conversar con la caridad y edificación y prudente*

cuando escribe a los misioneros, Francisco recomienda constantemente que vayan poco a poco, que no bauticen más de los que se pueden sostener en la fe, que aficionen a los demás con su ejemplo de vida, que no se les ponga fácilmente en peligro notable de su vida y se prevean los peligros

cia que Dios nuestro Señor le dará... guardándose... de la libertad demasiada, pero también de escrúpulos superfluos, y atendiendo a pacificar a los discordes»¹².

A D. Pedro Menéndez de Avilés, Adelantado de la Florida, le escribirá: «*(El fin de esta nuestra Compañía (es) ir a ayudar a las gentes que tienen mayor necesidad y peligro de*

¹² 22 de marzo de 1569.

perderse, por ser esta nuestra vocación [...]. Esta es la causa por la cual tan prontamente van los nuestros por el mundo... (y fueron a La Florida) a buscar la mayor gloria divinas y mayor bien del prójimo... (aunque) en la Compañía...hay tanta penuria de sujetos por las muchas empresas que ha tomado...»¹³.

Una misión universal

De los 50 colegios existentes en Europa en 1556 se pasó a 163 en el año 1574. Borja no se contentó con llenar de colegios Europa. Fue realmente el primer *globalizador* de la Compañía. Así lo demuestra el impulso que dio a las «misiones», creando Provincias en América y destinando a tantos jesuitas a La Florida, La Habana, México, Perú, Brasil, Panamá, Colombia, India, Japón, Macao, Malucas, Etiopía, Mozambique.

Cuando escribe a los misioneros, Francisco recomienda constantemente que vayan poco a poco, que no bauticen más de los que se pueden sostener en la fe, que aficionen a los demás con su ejemplo de vida, que no se les ponga fácilmente en peligro notable de su vida y se prevean los peligros, que no se repartan por muchos luga-

res, que tomen noticia de la tierra, las gentes, las costumbres, es menester tiempo y paciencia, da por bien empleada la sangre que se ha comenzado a derramar en Florida y le causan pena los trabajos, soledad y aflicciones de Etiopía, clarifica los criterios para el envío a misiones, no deben hacer negocios mercantiles, desea tener noticias de los que están lejos.

Al P. Ignacio de Acevedo, Provincial de Brasil, escribe: «*Deseo tener particular relación del viaje, ... y cómo le ha probado la tierra de Brasil, si le es propicia... Es razón me escriban, para tener mayor luz por el bien universal y particular de la Compañía en esas partes: en cuántos lugares están repartidos los nuestros, qué capitanías y aldeas tienen, cuántos en cada una, cuán ocupados están en ellas*»¹⁴.

Al P. Jerónimo Ruiz del Portillo, en la Instrucción para los que van con él a las Indias de España le dice: «*No se repartan en muchas partes... sea su primer cuidado de los ya hechos cristianos, usando diligencia en conservarlos y ayudarlos en sus ánimas, y después atenderán a la conversión de los demás que no son bautizados, ... no se bauticen más de los que se puedan sostener en la fe... No se pongan fácilmente en peligro notable de la vida entre gente no conquistada; porque, aunque sea provechoso*

¹³ 20 de marzo de 1571 (MB V, 571-573).

¹⁴ 30 de enero de 1567.

Francisco de Borja: gobierno del mundo...

para ellos el morir por el divino servicio... no sería útil para el bien común, por la mucha falta que hay de obreros para aquella viña, y la dificultad que tendría la Compañía en enviar otros en su lugar»¹⁵.

Borja, un hombre «nacido para servir», como dice el lema del Vº Centenario. Un hombre que pasa de servir al Emperador y a sus vasallos de Gandía, a servir a un Señor, con mayúscula, que no se le podía morir. La razón última de sus veintiséis años de servicio como jesuita, nos la cuenta el Hº Melchor Marco, su compañero y ayudante inseparable de los últimos catorce años. Al escribir al día siguiente de la muerte de Borja a su hijo Carlos, le cuenta cómo fueron los últimos momentos previos al fallecimiento de su padre, le dice: «preguntándole yo si quería algo, me respondía que no quería sino a Jesús». Jesús terminó por ser el centro y el objeto único de sus deseos, de su querer, de su amor, de su servicio.

Cuatro mensajes actuales

Cuatro mensajes siguen permaneciendo hoy, en el quinto centenario de Francisco de Borja.

El primero es una llamada al cultivo de la interioridad en la creencia

de que lo que nace de dentro es lo decisivo en la vida de una persona. Los EE le enseñaron a Francisco a «sentir y gustar interiormente», a «desear y elegir», a tomar una decisión personal, no simple-

Borja aprendió de Ignacio su repetida expresión de «ayudar a las almas», y lo levó a la práctica; nada más sencillo, más profundo y más hermoso que vivir para los demás con todo el corazón y todas las fuerzas, porque Dios mismo, para Borja como para Ignacio, Dios es un Dios que sirve a sus hijos e hijas y trabaja por y para ellos

mente a asumir las decisiones tomadas por otros. Tomó conciencia de sí mismo, porque había sentido y gustado interiormente en su corazón algo nuevo para su vida. De ahí la importancia de escuchar al corazón propio, cultivar la propia interioridad.

El segundo mensaje es una llamada al cambio. Francisco de Borja lo

¹⁵ Marzo de 1567.

tuvo todo en su vida: títulos, posesiones, riquezas, honores, fama, poder... Pero llegó un momento en que sus éxitos no le decían nada. Sintió que el éxito social puede ser fracaso personal. En el retablitto de la capilla de la casa-torre de Loyola, bajo la tabla flamenca de la Anunciación, donde Francisco dijo su primera misa, se lee una divisa: «*Pour quoy non?*» (*por qué no*). ¿Por qué no...? ¿Por qué no emprender un nuevo camino...? ¿Por qué no dar el primer paso...? ¿Por qué no has de poder ser tú...? Esa pregunta es un ataque directo a todas las evasivas.

El tercero es la búsqueda de lo esencial, *lo decisivo es servir al solo y único Señor*, que no puede morir. Nos dice, con su vida, que el cristiano tiene que servir a la política, al estado, a la sociedad... pero que ese servicio, ayuda y cuidado de los demás, hunde sus raíces en Dios. Borja aprendió de Ignacio su repetida expresión de

«*ayudar a las almas*», y lo levó a la práctica. Nada más sencillo, más profundo y más hermoso que vivir para los demás con todo el corazón y todas las fuerzas, porque Dios mismo, para Borja como para Ignacio, Dios es un Dios que sirve a sus hijos e hijas y trabaja por y para ellos. Borja nos pregunta hoy: ¿A quién sirves, de verdad, en tu vida?

El cuarto mensaje es una apertura de corazón a los grandes deseos, esos que hacen que cada uno se atreva a mirar hacia fuera y hacia el futuro. Quedarse encerrado en las propias limitaciones y preocupaciones no alimenta los grandes deseos. Nunca podemos quedar satisfechos con lo dado, con lo que tenemos, con lo conocido, poseído y controlado. La realidad con sus límites no nos puede encerrar; constituye un desafío para el «más». Esos deseos que impulsan al cuidado, al servicio y a la ayuda a los demás. ■